

EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTIFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 822

Alicante 11 de Setiembre de 1886.

Año XVII.

COMENTARIO Á LA ENCICLICA

«IMMORTALE DEI.»

LIBERTADES MODERNAS.—IDEAS
Y ACCIÓN CATÓLICA.

(Continuacion.)

Indica primero los límites: *con moderación*, porque fácil es salir del campo de la opinión, entrando en lo erróneo, ó que se sostenga como cierto lo que sólo es opinable. Sobre tal punto débese observar que aquí lo *opinable* no es lo que al escritor parece tal, sino lo que tal es juzgado por la competente autoridad, ó lo que juzgan tal gravísimos autores. Indica en segundo lugar la disposición en que se debe hallar el escritor: *con el deseo de conseguir la verdad*. Es claro que Su Beatitud no se fija sólo en la disposición interior, sino sobre todo en su manifestación

externa, la cual debe aparecer de la manera con que está redactado el escrito. Requiere por consecuencia, en tercer lugar, la *mútua caridad*, ó sea *manteniéndose apartados de las sospechas injuriosas y de las acusaciones reciprocas*.

Todas estas reglas son de oro. ¡Ojalá se hubieran tenido y se tuvieran siempre ante los ojos, hablándose y escribiéndose según su norma! Empero somos hombres, y sería orgullo querer alabar la propia inocencia en este punto. Mas en treinta y seis años de una misión que nos confiara la Sede Apostólica, hemos sin duda adquirido una experiencia suficientemente segura de los motivos de las luchas acerbadas que deben sostener los escritores católicos continuamente contra los adversarios de la Iglesia y del Papa, como también alguna vez contra algunos que se declaran con palabras devotas de aquélla y éste, así como llenos de

caridad fraterna. La depravada voluntad, el orgullo innato, que impele á defender lo sostenido muchos años, aunque se vislumbre su falsedad ó se hayan tenido fortísimas razones para reconocerlo tal, y hasta la envidia del bien ageno, especialmente del honor y de la gloria, son las razones principales de las luchas. No debe causar esto á nadie maravilla, cuando considere que lo que compelió á los deicidas á querer la muerte de Jesús fué precisamente la envidia, diciéndose de Pilatos: *sciēbāt enim quod per invidiam tradidissent eum*. ¿Cómo de otra manera explicar la obstinacion con la que hoy en casi todas las escuelas «liberalescas» se defienden sistemas absurdos, bastando para reconocerlos tales, no ya un estudio elevado de la filosofía y de las ciencias, sino una mediana cultura y un ingenio vulgar? Los escritores católicos suficientemente versados en la filosofía y en las ciencias demostramos, como dos y dos son cuatro, que son absurdas, y combatimos uno por uno los documentos aducidos en su favor, los cuales son en realidad sólo pobrísimos sofismas. En nada de lo que decimos ponen los adversarios atención alguna, limitándose á responder que nos condena el mismo carácter de católicos, porque debemos necesariamente negar la razon á fin de no combatir la fé, siendo la razon y la fé esencialmente irreconci-

liables. Con toda evidencia demostramos que tal oposicion es imaginaria, y que ninguna verdad de razones es contradicha por la fé. ¿Qué hacen? Falsifican las creencias católicas, inventan dogmas que nunca la Iglesia pensó proponer, y alteran los verdaderos dogmas, á fin de darles un aspecto que los haga odiosos y contrarios á los principios de la razon natural, ó á los hechos de la naturaleza. Veámoslo con ejemplos.

Para combatir la Trinidad de las divinas personas, confunden la naturaleza y la esencia divina con la divina personalidad, obstinándose por consecuencia en acusarnos de politeismo. Confunden la unión sustancial, cual es la del alma con nuestro cuerpo, con la unión sólo hipostática, cual es la del Verbo con la naturaleza humana en Jesucristo acusándonos en su virtud de haber hecho de la divinidad una criatura: juzgando ellos imposible esta union sustancial y desconociendo en absoluto la índole de la sola hipostática, niegan á Jesucristo la divinidad, acusándonos de idolatría porque le adoramos. De idolatría nos acusan también por el culto de las sagradas imágenes, sólo porque no admiten ellos en los actos de nuestra religion la distinción entre el culto absoluto y el relativo, que ponen sin embargo en práctica de continuo con el honor que rinden á las personas por ellos honradas ó que-

ridas. A fin de impugnar la doctrina católica sobre la Eucaristía, olvidan la doctrina antiquísima, única verdadera, sobre la naturaleza de los cuerpos (vicio que Leibnitz, si bien protestante, echaba en cara á los herejes de su tiempo), haciendo consistir en la extensión local la esencia de los cuerpos. Nosotros los fieles, fundados en las promesas de Jesucristo, creemos que el Espíritu Santo asiste á su Vicario de tal modo que no puede errar cuando habla *ex cathedra*, es decir como Maestro supremo de la Iglesia católica. Ellos desvirtúan la significación de las palabras, dándoles un sentido exagerado fuera del que se les quiere atribuir. En su virtud nos acusan de suponer al Papa impecable y de atribuirle la imposibilidad *intrínseca* de caer nunca en error: hasta nos acusan de hacerlo «omnisciente,» como Dios. Falsen la historia: prescindimos de mil insulsos reproches que nos dirigen, bastándonos decir que acusan á la Iglesia de haber definido dogmáticamente que la tierra es cuadrada y no esférica. Las mentiras de los enemigos de Jesucristo á fin de acusar á su Iglesia son tantas, que no bastarían á contenerlas muchos volúmenes. Hijos son del diablo, padre de la mentira.

Nosotros, con los demás apologistas de nuestra fé, hemos examinado desapasionadamente sus escritos; hemos triturado acusaciones y sofis-

mas, empleando una paciencia á toda prueba. No pudiendo responder á nuestras victoriosas demostraciones, las pasan en silencio, como si nos hubiéramos ceñido á meras afirmaciones. Lanzáronse contra nosotros injurias insolentísimas; con universal conjuración nuestras obras fueron condenadas á un ostracismo villano é injusto. El nombre de los escritores católicos, sean filósofos, sean sinceros historiadores, sean apologistas, sufre interdicción en las escuelas liberales. Si sus profesores lo pronuncian, es sólo con el sarcasmo y el desprecio, dando á entender á sus discípulos crédulos, á los que hacen traición, que contra la ciencia los escritores católicos oponen sólo la fé, haciéndose fuertes, de manera necia en la autoridad del Papa. ¡Ay del discípulo que á los desatinos históricos ó á los sofismas filosóficos del profesor procura oponer alguna prueba sólida, propuesta por los católicos! ¡Es escarnecido, como escarnecen el nombre del Papa en los teatros, cuando en las representaciones se profiere! En todas las tiendas de los libreros, que se ven en las ciudades, es un milagro ver expuestas á la vista del público las obras de los católicos *sinceros*, é imposible ver las de los hombres eclesiásticos, si combaten el error, defendiendo la verdad especulativa y práctica. En su lugar son expuestas al público toda clase de novelas su-

cias; todas las necesidades y todos los absurdos en el campo de la filosofía. Hablamos de los católicos *sinceros*, porque si hay una obra escrita por un católico, que siembre el escándalo y la escisión entre nosotros, en breve logra un puesto privilegiado, como los sacerdotes apóstatas, aun de ingenio muy pobre y de saber superficialísimo, son recomendados para los puestos honoríficos y lucrosos de la escolástica jerarquía liberal.

Las tribulaciones de los escritores católicos que se dan á defender, según quiere León XIII, del modo manifestado en las palabras referidas, la verdad, ó á combatir el error, no vienen sólo de las facciones de los adversarios de Jesucristo y de su Iglesia, los cuales ahora dominan en casi todos los países que se llaman civilizados; vienen también de los que se glorían de seguir las doctrinas católicas y de obedecer á la cátedra apostólica. El proverbio que dice: *guerra di fratelli, guerra di coltelli* (1), ajústase también á nuestro propósito, porque no rara vez sostienen las luchas más fieras, periódicos, periodistas y escritores católicos. La razón del fenómeno es por una parte real y aparente por otra. Real por la parte que defiende

la verdad, y aparente por la que la combate, quizás sin plenamente conocerla como tal.

Realmente lo que perjudica más á la sociedad en general es la rebelión; más que la guerra con enemigos extranjeros. Cuando un ejército combate, los levantamientos facciosos de las propias fuerzas cortan los nervios á la acción de aquél, impidiéndole pelear y conseguir victoria. Así, muchas, más angustias sufrió la Iglesia por las discordias intestinas, por los herejes y por los cismáticos, que por las guerras exteriores de los étnicos y de los paganos. Estos le dieron los mártires y aquéllos los apóstatas. Los católicos que combaten la verdad defendida por otros católicos, causan daños inmensos, por el combate considerado en sí mismo, y por el modo con que se suele hacer. Por el primer motivo, puesto que disminuyen las fuerzas de los combatientes, que de otra manera serían dirigidas juntas contra los enemigos comunes. Por el segundo motivo, porque quien combate la verdad, generalmente hablando, la combate, no con una ignorancia invencible, sino que lo hace con malicia; su ignorancia es afectada. Siente así el peso de las razones y de la autoridad del adversario; más su voluntad plega el intelecto, forzándole á no considerar el lado débil de lo que defiende, sino el que tiene alguna apariencia

(1) Guerra de hermanos, guerra de puñales.

de verdad y de justicia. Así, cuando no se puede defender con las razones, se dá con grande ligereza á defenderse con sofismas, ú otros medios, que de ningun modo sirven para esclarecer la verdad, sino más bien para que las luchas se hagan más acerbas enagenándose los ánimos entre sí.

Entre tales modos, inoportunos frecuentemente, se recurre á uno muy nocivo: el de insinuar como *doctrinas opinables*, para usar la palabra de León XIII, las que de ningún modo lo son. Para conseguir esto, se usan dos sofismas. El primero es meter en el campo de las doctrinas opinables todas las que *ex profeso* no han sido condenadas por los Concilios, por los Papas, ó por las Congregaciones de Roma. Empero, decimos nosotros, si están condenadas, no son ciertamente opinables; con todo, no se sigue que si no están condenadas, son opinables. Todos pueden tocar con la mano la justicia de tal aserción. Si no fuese verdadera, antes del Concilio de Trento, ó antes de las definiciones romanas, hubiéranse debido considerar opinables *todas* las doctrinas que no habian sido condenadas antes del Concilio de Trento y de las predichas definiciones. Lo absurdo de tal opinion habla por sí claramente, si bien *alguna* doctrina particular, que despues fué condenada, se pudo primeramente creer opinable.

Expliquemos más este punto con doctrinas sobre las cuales hirvió en nuestros dias una fuerte y continuada polémica, enfriada hoy, porque, en el campo objetivo, la verdad se ha hecho á muchos manifiesta, y porque pasaron á la otra vida los principales combatientes de uno de las partidos contrarios. Ciertamente no es doctrina de ninguna manera *opinable*, sino falsa, que el sér por el cual están intrínsecamente constituidos los séres contingentes, es increado. No es de ninguna manera *opinable*, sino falso, que ya en esta vida no es natural la inmediata intuición de Dios, ó del sér ideal divino, que no se distingue realmente de la divina esencia. No es *solamente opinable*, sino cierto, que Dios conoce el presente, el pasado, el futuro, y todo lo que nunca ocurrirá, pero que ocurriría si se realizaran ciertas condiciones que dejarán de realizarse. No es *solamente opinable*, sino cierto, que el hombre en la vida presente determinase á abrazar un bien finito, pudiendo no abrazarlo ó abrazar otro opuesto. No es de *ninguna manera* opinable, sino falso, que las almas estén constituidas por una determinada agregación de átomos. Estas y mil otras doctrinas, ó no son opinables, por ser certísimas, ó no son de ninguna manera opinables por ser falsísimas, aunque algunas pueden no hallarse determinadas *ipsis verbis* por la suprema

autoridad eclesiástica, ó aunque muchos, por subjetiva ignorancia, no hayan comprendido su verdad ó falsedad. En su virtud, mal harían los escritores católicos si se lamentasen de ser combatidos en doctrinas *opinables*, cuando en estas proposiciones los impugnaran otros escritores católicos.

El segundo sofisma es cambiar la doctrina con el escritor que la profesa. A veces ocurre que un autor, ó un libro, no es condenado, y otro combate una doctrina que á su modo de ver ha sido profesada por el mismo autor, ó que, segun su juicio, se halla en el libro no condenado por la competente autoridad eclesiástica. Hemos visto frecuentemente á varios quejarse altamente porque católicos escritores impugnaban doctrinas, que se decían propuestas por escritores que amaban. Lamentábanse diciendo que tales doctrinas eran *opinables*, queriendo demostrar que lo eran por no haber sido condenado el autor que las proponía. Ahora bien; tal manera de argumentar es viciosa; así empleada, sólo sirvió y sólo servirá para perpetuar las luchas, porque las romanas Congregaciones sólo prohíben geueralmente los libros que les han *denunciado* como dañosos y peligrosos, pudiendo señalar nosotros muchos y muchos libros que contienen no pocos errores, los cuales no han sido condenados. Ade-

más, alguna vez puede ocurrir que sea de temer más daño por la condenacion de un libro que contiene errores, que por dejarlo aparte ó no prohibirlo. Muy frecuentemente se puede ver que con la prohibicion no se conseguiría el fin propuesto, es decir, el abandono de ciertas doctrinas erróneas que allí se contienen, porque los que la siguen están dispuestos á sostener que aquello se condenó por causa del tiempo en que fué publicado, por el modo con que fué escrito, ó por cualquiera otra razon fuera de la positiva. En su virtud, la prohibicion, sobre todo en los presentes tiempos, no conseguiría el objeto, sino que con frecuencia serviría de hecho á proporcionar al libro una difusion mayor.

Así, lejos de airarse fuera del recto camino, en la hipótesis presente debería demostrarse una de estas dos cosas: Que tal doctrina no es mala ni falsa, sino buena ú *opinable*. O bien que, aún concediendo que es ruin ó falsa, no es profesada por el escritor á quien la atribuyen los contrarios.

(Se continuará).

LA LIGA ANTIMASÓNICA

Todo el odio que la actual época alimenta hácia la organización so-

cial y religiosa del cristianismo, hállese concentrado y se siente con furor más sañudo en la masonería, secta maldecida, que valiéndose á la vez de la audacia y de la raposería, ha invadido todos los grados de la jerarquía social, y comienza á tener en los manejos de los Estados un poder comparable con la soberanía.

Tanta es su preponderancia y su funesta influencia en esta desdichada sociedad actual, que puede decirse con razon, que desde fines del siglo pasado, nada se ha hecho en el mundo sin su consentimiento, tendiendo todo lo hecho desde entónces á matar á la Iglesia (cosa imposible, pues le prometió Dios eterna duracion) y resucitar entre nosotros, despues de diez y ocho siglos, las costumbres é instituciones paganas, ¡colmo de la locura y de la impiedad más descarada!

Leon XIII, como atalaya de la Religion y de la sociedad, en su Enciclica *Humanum genus*, ha dado la voz de alerta, declarando la pernicioso influencia de la masonería y excitando á los pueblos y á los gobernantes á oponerse enérgicamente á la marcha pujante de tan abominable secta.

Cómo haya de oponerse esta resistencia, lo dice terminantemente Su Santidad en su referida Enciclica con estas palabras: «Orgullosa con su pujanza la secta de los francmasones levanta insolentemente la

cabeza, y parece no reconoce límites su audacia... A tan violentos ataques corresponde una defensa enérgica. *Es preciso, pues, que todos los hombres honrados se unan á su vez y formen una LIGA inmensa de accion y oraciones.*»

Para cumplir este *mandato* tan explícito de Su Santidad, de unirse todos los pechos bien nacidos, y unidos defender á la Iglesia y á la sociedad de ataques tan rudos como los que les dirige la secta, y no caer en la culpable y triste negligencia de seguir muellemente dormidos sin contrarrestar la influencia de la logias, háse publicado el precioso opúsculo intitulado: *Manual de la Liga antimasonica.*

Empieza este opúsculo por desenmascarar á la masonería conforme á las enseñanzas de la Iglesia, y por persuadir al lector de la necesidad y oportunidad de esta Liga, expone las obligaciones y compromisos de sus miembros; expone asimismo las reglas según las que deben formarse las juntas parciales y generales, y todo él tiende á promover la fundacion de estas Ligas en todos los países.

No tenemos espacio ni tiempo para dar á nuestros lectores idea detallada de este notable folleto, publicado por la excelente casa editorial de D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona; más para recomendar su diffusion más eficazmente, vamos á co-

piar sus primeras líneas, que expresan el juicio que á Su Santidad ha merecido:

«Por encargo de su autor, dice el opúsculo, fué presentado al Sumo Pontífice el *Manual de la Liga antimasonica*. León XIII acogió con sumo agrado la idea de semejante Liga, lo mismo que el opúsculo.

—¡Esto es, esto es! repitió complacido el padre Santo; *es preciso reproducir de todas maneras estas enseñanzas, esparcir las, popularizar las y hacerlas accesibles á todos.*

—Convendría, añadió Su Santidad, que los miembros de la Liga se impusiesen ciertas obligaciones.

—Santísimo Padre, este es el punto capital del folleto.

—Debieran organizarse Juntas.

—Padre Santo, si Vuestra Santidad se digna leer por sí mismo este opúsculo, podrá cerciorarse de que en él todo está previsto.

—Pues bien, mandadme algunos ejemplares; lo examinaré, y despues ya veréis.»

Al cabo de ocho días, el Padre Santo dirigió al autor un Breve laudatorio, manifestándole su satisfacción y concediéndole á él y á su obra su bendición apostólica.

Nada debemos añadir despues de haber consignado el juicio de Su Santidad. Sí, rogaremos á todos los católicos que propaguen y difundan con profusión este opúsculo, para que conociéndose el gran pensa-

miento de su autor, veamos pronto funcionar la Liga antimasonica en todas partes.

Aquí, en esta tierra infortunada, donde la influencia masonica penetra hasta en las regiones del Gobierno de la nación más católica que ha habido, la cual se halla hoy á pique de perder los últimos timbres de la gloriosa piedad y religión que la hicieron grande, poderosa y libre con verdadera libertad, es necesario el concurso de todos los buenos para fundar y consolidar esta Liga.

Adviértase que ya no hay lugar á delaciones bochornosas, que permitirían tomar al mal mayores proporciones, é imposibilitarían grandemente nuestra acción más tarde. Hora es ya de que los católicos opongamus á los juramentos masonicos, que tan miserablemente deprimen la dignidad humana, la confesión clara, precisa y solemne de nuestra santa fé, que tanto nos eleva y ennoblece; á sus ridículas pantomimas de logia, la frecuencia de sacramentos y la continua asistencia á jubileos, procesiones y romerías; á la propaganda y difusión de su prensa sectaria y blasfema, la difusión y propaganda de la prensa verdaderamente católica. En fin, ya es hora de que aceptemos siempre la batalla donde quiera que la masoneria nos la presente no olvidándonos nunca, que si el primer fin de los Francmasones es pervertir á la juventud, el

nuestro debe ser entonces impedirles que arrebatan su codiciada presa promoviendo juntamente la causa de la religión y de la virtud, de que es compañera inseparable la ciencia verdadera, nacida á la sombra del árbol de la Cruz.

Poco despues de haberse publicado la Encíclica *Humanum genus*, que tan agudo grito de ira arrancó á la masonería, dice el mason F.: Denos en Valencienes: «El reto desesperado del Romano Pontífice ha penetrado hasta en los más remotos confines del mundo católico; á nuestro grito de guerra: ¡El clericalismo es el enemigo! el Papa ha respondido: ¡Guerra á la francmasonería! *La lucha está empeñada, una lucha sin tregua ni cuartel*; es preciso que donde quiera que se presente un sacerdote, aparezca un francmason; es preciso que donde quiera que él levante la Cruz en señal de dominación, alcemos nosotros nuestra bandera en señal de libertad.»

El mason F.: Denos lo ha dicho: «La lucha esta empeñada y es una lucha sin tregua ni cuartel.» Aceptemos los buenos católicos la lucha, y luchemos no aisladamente, pues sería disipar nuestra actividad, sino uniéndonos y *Levantando la Cruz* por encima de las falsas libertades modernas, hasta acabar si es posible con el partido de Satanás.

Así obraremos como católicos y buenos españoles, y mereceremos

bien de la Iglesia, de la sociedad en general y de nuestra amada España.

LA IGLESIA Y LOS PARTIDOS.

*Usque ad consummationem
saeculi* (Matt, xxviii, 20).

La Iglesia, no solo es Católica en cuanto al espacio, sino también en cuanto al tiempo; pues siendo la continuadora de la obra de Jesucristo, para salvar á todos los hombres, debe enseñar la doctrina, de que es Maestra, y dispensar las gracias, de que es depositaria, á todos los hombres, cualesquiera que sean los lugares en que vivan, y el tiempo en que hagan su peregrinación sobre la tierra, No se cumplirían los designios misericordiosos de Dios, si una ó más generaciones carecieren de Iglesia, y por consiguiente, de enseñanza y de Sacramentos. De donde se deduce la indefectibilidad de la Iglesia; esto es, que no puede faltar, ni faltará, del mundo, mientras haya hombre que salvar; *usque ad consumationem saeculi*.

Esta conclusión, tan lógicamente deducida, nos consta también por las palabras que el Salvador dijo á los Apóstoles: *Sabed que Yo estoy con vosotros, todos los dias, no á tiempos ó con intermitencias, hasta la consumación de los siglos*. Aún añadió, pa-

ra que el ánimo de los discípulos jamás se abatiese, por recias y variadas que fuesen las persecuciones: *Las puertas ó potestades, del infierno prevalecerán contra ella*; esto es, contra la Iglesia. Y la palabra de Dios tendrá cumplimiento, aun cuando se derrumben y pasen los cielos y la tierra.

No es, pues, de maravillar, que San Pablo, divinamente inspirado, llame á la Iglesia *casa de Dios vivo, columna y firmamento de la verdad*, para expresar su indefectibilidad é incontrastable fortaleza, ni que los Santos Padres y Doctores le hayan aplicado los nombres y emblemas más expresivos, como, la obra de Dios (*Dei aedificatio*) la herencia de Dios (*haereditus Dei*), reino de Cristo (*regnum Christi*), tabernáculo de Dios (*tabernaculum Dei*), templo de la suprema Trinidad (*summae Trinitatis templum*), campo del Señor (*ager Domini*), ciudad del gran Rey (*civitas Regis magni*), camino del cielo (*iter ad coelum*) etc., etc.

A la autoridad de estos testimonios, junta el suyo la historia, presentándose á la *ciudad del gran Rey*, siempre atacada por toda clase de enemigos y nunca vencida; á la *columna de la verdad*, de pie, firme como el primer día, en medio de las ruinas de mil instituciones humanas, roídas por el tiempo; al *sol de las almas*, iluminándolas constantemente y disipando, á unas en pos

de otras, las nubes de la heregía; á la Iglesia, resistiendo como monte de granito á las olas de las pasiones, de continuo alborotadas en todo el mar que llamamos mundo. Este argumento es tan fuerte, que los Santos lo emplearon contra los herejes, desde los primeros siglos. San Agustín les decía: «La Iglesia es «azotada por las corrientes de los «cuidados seculares, pero no cae; es «herida pero no se debilita; siempre «pronta para reprimir y apaciguar «las conmociones de las olas y las «insurrecciones de las pasiones humanas.» Y sacaba esta consecuencia innegable: «La Iglesia no será «vencida, no será arrancada, ni cederá á ningunas tentaciones, hasta «que llegue el fin de los siglos.» Alejandro, Patriarca de Alejandría, escribía lleno de gozo al de Constantinopla: «Profesamos una sola Iglesia «Católica, que permanece siempre «inexpugnable, aunque el orbe universal quiera asaltarla, y ha vencido á todas las impías facciones «de los herejes, levantadas contra «ella.»

«Qué dirían aquellos Santos, si viviesen hoy, después que la Iglesia ha subsistido, contra las fuerzas que hundieron el poderoso Imperio Romano, contra las tiranías turbulentas de la Edad media, contra las innumerables huestes sarracenas, contra las espadas de los príncipes protestantes y contra las opresiones

de los modernos cesaristas? ¿Qué dirían, viendo como yacen en pantón afrentoso, olvidadas y despreciadas tantas sectas, que por algún tiempo conmovieron al mundo, y murieron en cuanto se apagó el hervor de las pasiones que les dieran vida?

¡Ah! Nosotros, que vemos todo esto, podemos exclamar como San Jerónimo, pero con nuevas razones, que no había en su tiempo: «¡Todo «pasa, todo perece; la Iglesia fundada sobre Pedro, resiste á todos los «vientos, á todos los torbellinos á «todas las tempestades!»

Sin embargo de ser la indefectibilidad, dote tan necesaria á la Iglesia, y no obstante hallarse tan solemnemente demostrada por la Historia, no han faltado hombres que abiertamente la negasen, ó que sin negarla, obrasen como si no la creyesen.

En el primer lugar están los perseguidores antiguos y modernos, que creen poder acabar con la Iglesia; los herejes y falsos reformadores, que acusándola de corrupta, ó dandola por fenecida, pretendieron crear otra, en que ellos fuesen padres y pontífices.

El progreso de estos funestos personajes suele seguir las siguientes etapas: la ignorancia, ó la vanidad les inspiraron ideas más ó menos heterodoxas; avisados, el orgullo les impidió retractarlas; condenados por el Obispo, rechazaron su autoridad,

alardeando de acudir al Pastor universal; reprobados por el Papa, despreciaron también la autoridad del Sumo Pontífice, alegando que Su Santidad no entendía en el asunto, ó que miraba más á otros intereses que á los de la verdad, ó que le engañaban sus Ministros, y apelaron del Papa mal informado, al Papa bien informado, ó al Concilio; y finalmente, no hallando autoridad superior á quién apelar, dijeron que la verdadera Iglesia había desaparecido de la tierra, encargándose ellos de resucitarla, ó de fundar otra, sin que para aquello, ni para ésto, tuviesen misión legítima. La desobediencia al Pastor inmediato los llevó á desobedecer al Pastor universal, y á salirse del Arca Santa, dentro de la cual podemos únicamente ser salvos.

Ya notó San Cipriano «que las herejías y los cismas no nacen de otra fuente, que de la desobediencia al Sacerdote de Dios,» y predicaba: «No puede constituirse otra «Altar, ni instituirse otro Sacerdote: quien recoja en otra parte, esparce.»

La experiencia de los sucesos prueba la verdad de esta última palabra; pues ninguna reforma, intentada fuera del orden establecido por Dios, ha producido aumento de virtud, ni mejorado las costumbres públicas, sino que todas han sido causa de nuevas debilidades y corrupcio-

nes. Las heregias y los cismas, unos en pos de otros, aparecieron y desaparecieron: la Iglesia subsiste, siempre fuerte é indefectible.

En segundo lugar están, contra la indefectibilidad de la Iglesia, aquellos que sin negarla, la tratan como institución mundanal, necesitada de protección temporal y de consejo humano.

Estos inventaron los protectorados, que casi ahogan como abrazo de verdugo; las exclusivas en las elecciones; el llamado derecho de tuicion; el pase régio; la revision de preces; los recursos de fuerza, etc.

Empero; si paseais una mirada por los paises de Europa, y áun de fuera, vereis cómo esa persecucion insidiosa, lejos de haber destruido la Iglesia ofrece también poderoso argumento en favor de su Divina estabilidad. Ved lo acaecido en Constantinopla, en donde llegó á su colmo el cesarismo y pretendía elevar su Sede Episcopal, enfrente de la de Roma: el cisma la separó de la gracia de Dios, que se comunica por la verdadera Iglesia, y hoy Santa Sofía es mezquita de Mahoma; y los harems, cárceles de pobres mujeres, víctimas de la concupiscencia turca, ocupan el lugar en donde castas vírgenes alababan á Dios, embalsamando el aire con aromas de virtud. En otras partes hallareis hundidos los tronos, diez ó quince veces seculares, y á los descendientes de cien

reyes sufriendo las humillaciones de la revolucion, consecuencia de aquellas teorías y de los actos de sus antepasados.

Dios Nos libre de querer aumentar la pena de los que sufren, pero el suceso es público, aunque no de todos bastante reparado: los poderes opresores cayeron, la iglesia oprimida subsiste, y reciben amparo suyo los que se juzgaban amparadores necesarios. «Portae inferi non prevaalebunt adversus eam.»

La luz, producida por el choque de las últimas revoluciones, ha abierto ciertamente muchos ojos que estaban cerrados. Eucuéntrense, sin embargo, todavía, algunos cristianos, que no reparan en afirmar que la Iglesia ha menester de ciertos apoyos políticos; y tan pronto se glorian de haberla salvado, en pasadas crisis, tan pronto amenazan abandonarla á si misma, en las crisis, venideras, como si Dios necesitara del concurso del hombre para cumplir sus promesas.

¿Qué idea tendrán de la Iglesia, los que asientan que en la situación actual no puede ser bién defendida más que por un partido político, como si el Divino Autor, al fundarla, no hubiese previsto esta situación, ó fuese impotente para salir bien de ella? ¿En qué pasaje del Evangelio, ó en qué libro de los Santos Padres, han aprendido, que los intereses religiosos no puedan ser defendidos

con éxito, sino desde dicho campo político, que la proporcione armas que oponer á sus adversarios, como si Cristo no la hubiese dotado de medios para triunfar de todos ellos? ¿No es una arrogante censura de la sabiduría Divina, que puso Obispos y no Reyes, para el gobierno de la Iglesia, el afirmar que los Obispos no sirven para este oficio, el cual debe ya confiarse á hombres civiles, que penetren en los terrenos cerrados á la Iglesia como si Dios hubiese cerrado alguno á los Apóstoles, enviados hasta los confines de la tierra? ¿Acaso una Iglesia, gobernada por hombres civiles, sería la Iglesia de Jesucristo?

Llegan, estos correctores de la obra de Dios, al colmo de la sin razón, por no darle otro nombre, cuando fundan tan incalificables novedades en el temor de que el Episcopado capitule con el enemigo, á fin de salvar los intereses religiosos de su diócesis. ¿Pues con quién ha de poder hacerse esta capitulación? Y si hubiere con quien capitular, en este sentido, ¿no debiéramos, todos los cristianos, ceder cualesquiera intereses, para salvar los religiosos? Por nuestra parte os decimos sinceramente que Nos tendríamos por dichosos de ceder todos los demás intereses, hasta el de nuestra vida, si fuere necesario, para salvar los religiosos, que son la honra de Dios y la salvación de las almas.

No; no es la Iglesia quien necesita de hombres, ó de partidos, para ser indefectible: los hombres y las sociedades necesitamos de ella, para ser salvos.

Lo dicho no significa que, en viendo á la religión perseguida, el nombre de Dios ultrajado, potente la impiedad, y la propaganda del mal, activa é ingeniosa, nos hayamos de estar ociosos; sino que *busquemos primeramente el reino de Dios y su justicia, seguros de que las demás cosas se nos darán por añadidura*, y no antepongamos lo terreno á lo celestial, ni hagamos servir la honra de Dios, de instrumento para lograr el honor de la criatura que *resistamos al mal, fuertes en la fé*, y no solamente confiados en las fuerzas del mundo, sabiendo que *las armas de nuestra milicia no son carnales*; que no los iracundos sino *los mansos poseerán la tierra*; y recordando siempre, que la señal de nuestra cristianidad no han de ser la soberbia, la envidia, ni la habilidad en tergiversar las Sentencias, sino que seremos reconocidos por discipulos de Cristo, si nos amáremos mutuamente.

(Se continuará)

PEQUEÑOS ROMANCES.

II.

Es del crudo mes de Enero
una aciaga y fría tarde,
el cierzo silba con furia
en los confines del valle;
del cielo enlutado y triste
diminutas gotas caen,
no tiene flores el campo,
ni pajarillos que canten.

Cerca, en la vecina aldea
andrajosa por las calles
una niña vá pidiendo
limosna para su madre.
Sucia, harapienta, descalza
y con las piernas al aire,
cubriéndose la cabeza
con sus rasgados sayales,
humilde vá recogiendo
las dádivas que le hacen,
sin atreverse á probar
de lo que le dan ni un ápice,
antes que su madre enferma
no le designe su parte.

Iba declinando el día,
iba la noche cerrándose
y las nubes en la altura
se llamaban á combate
con relámpagos y truenos,
con granizos y huracanes.
La pobre niña entre tanto
caminando sin fijarse
en la inclemencia del cielo
por oscuros matorrales,
fatigada llega al fin

á una cueva miserable
y con cuidado y sigilo
empuja la puerta y abre:
al reflejo de una luz
que en un rincón trémula arde
se vé dentro de la gruta
ó recinto inhabitable
una mujer sin color
como dormida en un catre.
Si á ella nos acercamos,
veremos en su semblante
el surco que abrió una lágrima
vertida momentos antes
al dar un beso á la Virgen
que estrechara agonizante
en el triste desamparo
de sus últimos pesares.

Dulce, cuidadosa y tierna,
inocente como un ángel
después de avivar la luz
al triste lecho acercándose,
habla así la pobre niña:
—Madre, mi querida madre,
despierta, que aquí te traigo
aceite, pan, vino y carne;
unos señores muy buenos
me han dado, mira, dos reales
y me han dicho que mañana
vendrán aquí á visitarte;
Don Francisco, el señor médico,
dice que no te levantes,
porque hace muy malos días
y corren muy malos aires.....
¿pero qué no me respondes?
¿qué no quieres escucharme?
¿tú qué tanto me querías
no quieres ya que te hable?
¿tú que al venir de la aldea

en tus brazos estrechándome
siempre me dabas un beso
ahora no quieres besarme?....
despiértate, madre mía,
porque tengo mucho hambre,
mucho frío y mucho miedo
¿no ves la noche que hace?

—La niña en vano pregunta,
no le responde la madre.

Como al tronco, así esté seco,
la verde yedra se ase
la niña se abraza al cuello
de su madre; mientras late
su corazón con violencia,
su miedo se hace mas grande...
en esto la tibia luz
apaga el viento cobarde
y despues, sigue silbando
en los confines del valle.

A la mañana siguiente
apareció por Levante
el astro, rey de los astros,
consuelo de los mortales.
Un rayo de clara luz
invadió la miserable
gruta, y con mudo silencio
iluminó dos cadáveres.

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las siete y media, misa de la Virgen con renovacion.

En Santa Maria, á las ocho y media misa de renovacion. Por la tarde á las cinco, continua el solemne y

devoto novenario que la piedad de los Excmos. Sres. Marqueses de Benalua, consagran á la Inmaculada Virgen María Ntra. Sra. de Lourdes, rezándose el Santo Rosario; terminado éste, seguirá el Sermon, y despues el ejercicio de la Novena, la Salve y Gozos cantados con acompañamiento de órgano, y siendo oradores los siguientes:

Sábado 11.—D. Juan Segura, Canónigo Magistral de la Colegiata.

Domingo 12.—D. José Juliá, Capellan de las Monjas de la Santísima Sangre.

Lunes 13.—D. Ramon Cantó, Coadjutor de la Parroquia de Santa María.

Martes 14.—D. Francisco Amat, Coadjutor de la expresada Iglesia.

Miércoles 15.—El ya mencionado D. José Juliá.

El dia último del Novenario, á las siete y media, habrá Comunion general, y por la tarde se dará la Santa bendicion con Su Divina Majestad, que estará expuesta todas las tardes de la Novena.

Domingo.—En San Nicolás, á las ocho y media misa conventual.

En Santa María, á las ocho y media tercia y misa conventual.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete de la mañana, misa de renovacion y bendición del Santísimo concluida la misa. Por la tarde el Santo Trisagio á las cuatro con manifiesto y reserva.

En las demás iglesias los oficios de costumbre.

CASA-PENSION

DE LA

SAGRADA FAMILIA

Recomendamos eficazmente á los padres que hayan de llevar sus hijos á cursar en la Universidad de Valencia, la *Casa-pension* establecida en dicha ciudad calle del Almirante, n.º 12, bajo la dirección del Pbro. Dr. D. Carlos Ferrís. Este establecimiento es garantía para las familias que deseen evitar á toda corta la corrupción de sus hijos que salen de su seno para ir á estudiar á la Universidad, expuestos á toda clase de peligros. En ella encontrarán un hospedaje en el que bajo la dirección y vigilancia de Inspectores de estudios, adornados de títulos competentes, podrán seguir los jóvenes sus estudios de Facultad, conservando las buenas costumbres y religiosidad que hayan adquirido en el seno de su familia.

Las personas que deseen más pormenores pueden dirigirse al indicado señor Sacerdote, que les enviará un ejemplar del Reglamento.

EL FARO DIVINO.

En la librería de D. Pedro P. Martinez, Mayor 30 y 32, se halla de

venta dicho devocionario, cuyo prospecto incluimos en uno de nuestros anteriores números; así como de todas las demás clases que hasta hoy se han escrito, y otros libros religiosos con encuadernaciones de lujo y económicas. También se ha recibido un completo surtido de novenas, de modo que nuestros lectores y las personas que visiten este establecimiento podrán adquirir unos y otros á precios reducidos.

LA PASTORAL

DEL

VENERABLE OBISPO DE PLASENCIA

CON UN PRÓLOGO

de D. Juan M. Orti y Lara

EDICION DE LUJO

CON EL RETRATO DE SU ILUSTRÍSIMA.

Precio en venta: una peseta. Para los suscritores á nuestro periódico: cincuenta céntimos.

Se vende en esta administracion.

ALICANTE.—1886.

Imprenta de Antonio Seva